



Un matrimonio de homosexuales, a la derecha, de compras el pasado mes de febrero con sus dos hijas adoptivas, en una tienda de San Francisco (EE UU). / ASSOCIATED PRESS

EL SEXO O LA JOYA DE LA CORONA

Entre católicos, el matrimonio ha sido durante siglos la puerta al sexo. La Iglesia aún trata de condicionar la sexualidad a la formación de una familia tradicional. La mujer, recluida antaño en el hogar, era clave para la perpetuación de ese modelo de sociedad católica. Pero comenzó la liberación femenina, la independencia económica de la mujer y el dominio del sexo propio. Resultado: crisis en la Iglesia y fin de la familia tradicional. **Por Vicente Verdú**

Tanto o más que el amor, el sexo ha sido el cimiento del matrimonio, uno de sus mejores reclamos. Cuanto más represión sexual hubo, más demanda de matrimonio existió; a mayor relajación de las costumbres, menos demanda de enlaces fuertes. Hay muchas bodas hoy, más bodas de las que podría esperarse de una sociedad tan descreída; pero tales ceremonias no son vía de severos sacramentos, sino *festorros* adornados por la solemnidad litúrgica que inventaron la Iglesia y sus fieles.

En general, puesto que sólo un 5% de la juventud española actual comparte, según la Fundación Santa María, las enseñanzas sexuales de la Iglesia católica, las parejas contraen matrimonio para proclamar mediáticamente su amor, contentar a los padres e invitar a muchos amigos. Pero ahora la boda dista mucho de ser la bomba: el punto explosivo donde cristalizaba el intercambio entre el don de la condición femenina y la masculina, tan diferentes entre sí hace apenas 30 años.

En los años 60 y 70, en España todavía la relación sexual chico-chica llevaba inscrito un tácito contrato de intercambio mediante el cual el varón aceptaba el noviazgo y su formalización relacional ante los ojos de las familias a cambio de

recompensas eróticas en la oscuridad. La película *Calle Mayor*, de Bardem, ponía de manifiesto cuánto perdía la muchacha si, habiendo consentido en besos y caricias —no digamos ya en *relaciones sexuales completas*—, se veía abandonada por su maromo. El noviazgo actuaba como una hucha donde la mujer invertía su patrimonio carnal dosificadamente y en espera de obtener el rédito final de la boda. Todos esos ahorros, no obstante, se iban a pique y ella quedaba *arruinada* si su novio la dejaba antes del altar. De ahí la crueldad de los ligones que embelesaban y huían, y de ahí también la humillante dependencia de la mujer que parecía buscarse la vida a cambio de comportarse metafóricamente como si fuera una buscona.

Castilla del Pino, máximo referente para estas cuestiones, hablaba de la existencia de “una represión de y por la mujer”. Efectivamente, todos éramos víctimas de la represión franquista, institucional, política, eclesial, policial, escolar y familiar; pero, encima, la mujer se encargaba de mantenernos a raya en los bailes, de apartarnos la mano de los lugares más concupiscentes y de, entre trancas y barrancas, procurar llegar pura al matrimonio. Había incluso predicadores que llevaban el asunto hasta un hipergrado de pulcritud: “Hija mía”, escribía el pa-

dre Saturnino Junquera, “no des un beso si no es con la alianza en el dedo” (*A las puertas del matrimonio*, Sal Terrae, Santander, 1968).

La alianza era un inexcusable pasaporte para la plena sexualidad. ¿Sexualidad plena? Sólo sexualidad productiva, desde luego, pero sexualidad al fin. “Existe perversión”, decía la revista *Mundo Cristiano* (julio de 1971), “cada vez que el hombre realiza de un modo no natural el acto sexual (transgrediendo la ley de la finalidad natural y por ello divina) y cada vez que lo realiza fuera de la institución llamada matrimonio”. Fuera de la institución, el sexo podía producir hijos, pero no una buena familia: tan sólo un terrible pecado mortal.

Que la mujer, sobre todo, obedeciera más estos preceptos se explica tautológicamente por su subordinación material. En 1970, España era, con Portugal, el país de Europa donde menor proporción de mujeres trabajaba entre los 25 y los 35 años. Por entonces, el nivel de población activa femenina total, según el conocido informe Foessa, era inferior no sólo al de Francia o Italia, sino también al de Grecia, Portugal y Yugoslavia, debido a la baja tasa de mujeres asalariadas entre los 25 y los 50 años. Hoy, sin embargo, el porcentaje de las mujeres en la población activa alcanza más del 45%, una tasa

muy próxima efectivamente a la de los varones.

Pero entonces, de una u otra manera, la mujer en términos globales se buscaba la vida en la boda. Se la jugaba con la boda. Porque incluso las universitarias, de acuerdo a los usos y circunstancias de entonces, permanecían en un 80% *inactivas* (Instituto Nacional de Estadística, 1970) y, en consecuencia, demediadas en la posibilidad de rehuir la conyugalidad o atreverse a romperla. ¿Quién iba a pensarlo cuando hoy Carmen Alborch difundió el orgullo de estar solas? O bien ¿cómo llamar hoy *inactivas* al grueso de mujeres que trabajan fuera del hogar y triplican en tiempo de ocupación hogareña a sus maridos? En 1967, una investigación de María Campo Alange sobre 400 españolas mostró que “el matrimonio era, para el 63%, la meta ideal de sus vidas”, pero hoy está dejando de ser así en una proporción impensable hace 25 años. ¿Qué ha pasado desde entonces? Ha pasado lo peor que la Iglesia católica y la tradicional moral burguesa podían esperar: que la mujer pudiera vivir, vestirse, ir al cine, viajar y comprarse un apartamento sin pasar por el matrimonio. El sexo femenino ha constituido siempre la gran joya de la corona de la Iglesia católica. En la medida que la obtención de esa joya obligaba a comprometerse oficialmente, había matrimonio y familia derivada. La debacle empezó a desencadenarse cuando cundió la independencia económica y sexual de la mujer, a partir del sueldo femenino y de la píldora, de la oportunidad de ingresar en el mercado de trabajo y, simultáneamente, en el universo de las iniciativas personales al margen de la institución.

En realidad, la orgía sexual nunca llegó con la escandalosa predicación del *amor libre*, sino con la creciente emancipación de la mujer. Los varones siempre estuvieron prestos a todo tipo de libertinaje sexual: lo que faltaba es que ellas les dejaran o lo desearan en número suficiente.

Si la Iglesia continúa atando corto a la mujer, humillándola respecto al

Viene de la **página 138**
cargo del sacerdote, negándole los anticonceptivos y la igualdad es porque en su inferioridad material ha encontrado la clave para reproducir la familia conservadora. El actual vuelco laico no es sólo erótico, sino también democrático.

Las buenas feministas (porque hay buenas y malas, como el colesterol) abogan no por la igualdad de los sexos, sino por la igualación. La situación deseada sería aquella en que habiendo hombres y mujeres con sus particularidades, fueran socialmente equivalentes. Es decir, no que hubiera tantos ministros como ministras, ni tantos bomberos como bomberas, sino que unos y otros pudieran desarrollar su libertad en igualdad de condiciones para ser una cosa u otra, empleados de 52 horas semanales para disfrutar un ascenso, o de 35 horas para gozar de mayor relación con los hijos y los demás. Ni un padre es una madre ni viceversa. El hijo es el primero en enterarse, ¿las malas feministas todavía no? Los dos valen por el estilo, pero no son del mismo estilo.

¿O sí? Podría ser así si, como algunos se atreven a sostener, la feminidad y la masculinidad no fueran en alta proporción identidades primordiales, sino sólo artefactos culturales, derivados de la historia más la educación. Siendo así, podría llegarse al punto en que el modelo mujer o el modelo hombre se hallaría al



Un hombre pasea con una niña en un parque de Madrid. / MIGUEL GENER

alcance de cualquiera y de acuerdo a su elección. A lo largo de una vida, incluso, se cambiaría el género sin necesidad de cirugía y sólo de acuerdo a los gustos. Por este camino persistiría alguna aparente diferencia física, pero tendería, con el tiempo, a hacerse irrelevante. Lo decisivo sería la sexualidad común junto a los modos personales de asumirla para los contactos. Todos seríamos, pues, sexos reversibles, soportes de uno y otro géne-

ro, y, en ese momento, ¿qué sería el matrimonio heterosexual, homosexual, bisexual, transexual? Todo lo mismo o sólo el surtido de colores de una misma relación troncal gracias a la flexible identidad de los componentes. ¿Valdría, por tanto, la pena hablar más de matrimonio? Las gentes se reunirían en *neofamilias*, o como fuera que se llamaran estas agrupaciones formadas, con el fin de ayudarse mutuamente y vivir, en suma, algo

mejor: con menores costes por cabeza, más cariño, más sexo seguro, más atención personal.

La familia, pues, lejos de desaparecer, llegaría a multiplicarse en un archipiélago de opciones (reunión de adultos con niños, de niños con ancianos, de hermanos con primos, de amigos con bebés, de lesbianas con hombres, de gays con primos). Un porvenir que, de otra parte, no parece muy distante, puesto que en algunos países de tradición divorcista el modelo de la familia tradicional no es ya mayoritario y las variaciones abundan por doquier. En España hay pocos o poquísimos divorcios todavía (un 10% del total de bodas, mientras en Francia se divorcia una cuarta parte, y en Estados Unidos, alrededor de la mitad), pero las parejas que no se casan, que cada vez abundan más, duran una media de seis años. Así como antes casi todo era para toda la vida, ahora casi nada conoce la durabilidad. Incluso nos impacientamos cuando el coche no presenta averías y nos retrasa la sustitución. *Nacidos para cambiar* es el título de uno de los últimos libros de Enrique Gil Calvo. Para cambiar de casa, de ciudad, de ropas, de aparatos. Pero también para cambiar la pareja, la familia, la cara, los pechos y hasta el sentido del sexo, si las teorías más culturalistas llevaran al extremo su insistencia sobre la preeminencia de la socialización sobre las hormonas, la sinapsis, las emociones y la causa que los fundó.

El difícil civismo

FERNANDO SAVATER

TODOS (ALGUNOS supongo que culpablemente más que otros) hablamos de educación cívica. Pero la mala noticia al respecto es que los primeros logros en esa tan difícil como necesaria asignatura, cuando se obtengan, servirán principalmente para mejorar la ciudadanía sólo dentro de lustros o décadas. La mayor parte de los españoles actuales tenemos ya mal arreglo: hemos llegado a la madurez cívica en las postrimerías del franquismo o, quienes son más jóvenes, se han formado aún con los resabios y prejuicios heredados de la resistencia ideológica contra esa dictadura.

Los más comprometidos políticamente entendemos todavía como primera obligación ciudadana el enfrentamiento ideológico y la denuncia de quien ocupa el poder; los más desconcertados o menos recalcitrantes —por lo común, los recién llegados— prefieren la abstinencia política y la reivindicación de derechos ligados solamente a sus proyectos privados. En ambos casos, la plena ciudadanía de cada cual sale maltratada sea por congestión o por anemia...

El civismo no es un ideal único y eterno, establecido de una vez por todas en la república de las ideas. Se trata de una construcción histórica siempre debatida cuyo objetivo esencial es permitir que todos seamos voluntariamente corresponsables de la gestión de la sociedad, lo cual es una forma trabajosa de decir: de que la democracia funcione como tal. Cada país, incluso cada área cultural, suele tener sus déficit cívicos específicos.

Por ejemplo, uno de los clásicos en España —agravado en las naciones americanas que comparten lo mejor y lo peor de nuestra herencia— es la confusión en torno a las atribuciones de la autoridad política. Entre nosotros suele creerse popularmente que quien alcanza un puesto de responsabilidad pública relevante puede permitirse más cosas que el resto de los ciudadanos, por ello se esperan de él arrolladores milagros y se comprenden o disculpan desplantes idiosincrásicos. En realidad, quien ocupa un alto cargo debería saber que puede permitirse menos genialidades que los ciudadanos comunes, e incluso debe renunciar —en aras de la porción de poder público que administra— a comportamientos inocentes en otra posición social. Por eso, dicho sea de paso, quienes nos sabemos incapaces de renunciar a nuestros vicios o caprichos no deberíamos nunca aspirar a magistratura alguna...

Un ejemplo reciente de este malentendido ha sido la polémica del pasado verano en torno a unas fotografías de las ocho ministras del actual Gabinete aparecidas en una revista de modas. Por supuesto, las fotos (salvo una de ellas) nada tienen de malo en sí mismas. Responden sencillamente a una ingenuidad algo boba: demostrar *coram pópulo* que las mujeres pueden ocupar el cargo de ministro sin renunciar a su otro cargo no menos convencional de mujeres, para lo cual se prestaron a exhibirse con los atributos y en la disposición tradicionalmente consagrada de la feminidad triunfante. Se intentaba así combatir un prejuicio asumiendo inconscientemente otro aún más profundo. Qué le vamos a hacer.

Los más comprometidos políticamente entendemos como primera obligación ciudadana el enfrentamiento ideológico

Pero la principal de esas imágenes las retrataba con sus poco oportunas galas en la escalinata de la sede de la Presidencia del Gobierno, un espacio que la más elemental consideración de lo público debería haber vedado a tan ufana manifestación. Ese lugar representa precisamente el área que debe estar vedada a los caprichos personales porque concentra y simboliza la atención a las necesidades de lo colectivo. Cuando uno se encuentra legítimamente ahí, no está autorizado a hacer lo que se le ocurra, sino el deber que se le ha encargado. Sin dramatizar el error, esa fotografía constituye sin duda una muy mala lección de ética cívica.

Pero la ciudadanía no sólo consiste en renuncias y aceptación de tabúes razonables, sino que exige también disposición a formarse, argumentadamente, un criterio propio. No demuestra precisamente voluntad cívica la actitud pasiva de tantos europeos que se abstuvieron en las pasadas elecciones al Parlamento de la UE con la excusa de que “los políticos no les habían explicado claramente lo que eran las instituciones de Europa”. Seguro que tampoco nadie fue a su casa a contarles las alineaciones y tácticas de los equipos en el reciente campeonato mun-

dial de fútbol, pero se las ingenieron para aprenderselas de memoria... Es tristemente sabido que los gobernantes, los *revolucionarios*, los periodistas, los catedráticos... por no hablar de los diversos clérigos, suelen mentir con fruición y asiduidad. Pero como ciudadanos formamos parte de un nicho ecológico sumamente privilegiado desde el punto de vista informativo, donde abundan periódicos, radios, televisiones y, desde luego, conexiones a Internet. Frecuentarlos, y sobre todo contrastarlos, es parte exigible de nuestra condición de usuarios de la democracia: quien no lo haga tiene tan poco derecho a quejarse de ignorancia o engaño como el que se deja morir de hambre por pereza para masticar...

Sobre este tema de la ignorancia voluntaria sabemos muchísimo aquí, en el País Vasco. ¡Incluso a estas alturas! Hace pocas semanas, la admirable María Teresa Castells —esposa de Ramón Recalde y copropietaria de la librería donostiarra Lagun— fue apostrofada virulentamente a gritos en pleno centro de San Sebastián por un energúmeno que la llamó “asesina”, “torturadora” y quién sabe cuántos disparates más. El pajarraco agresor debía de ser sin duda un locoide musculoso de los que tanto abundan por desgracia en estas tierras, pero aun así resulta penoso que ninguno de los numerosos transeúntes hiciera el menor gesto de asistir a una señora no precisamente corpulenta en dicho desagradable trance. Finalmente, María Teresa tomó un taxi para acabar el incidente. Y aquí viene la guinda del asunto. El taxista se interesó por qué le decía el exaltado y ella se lo detalló, comentando: “Ya ve usted, después de que a mi marido le han pegado un tiro en la cara...”. Entonces el chófer concluyó: “Ah, bueno, es cosa de política...”. Y ya no volvió a dirigirle la palabra hasta el final del trayecto.

Concluyo con una nota cívicamente optimista. Anteayer, caminando hacia la Concha, donde me proponía disfrutar uno de los deliciosos primeros baños otoñales, me salté con mis escoltas un semáforo en rojo. Ya se sabe, como no venían coches y con las prisas... Al otro lado de la acera me esperaba una señora que, con mueca más aviesa que traviesa, me regañó: “¡Se cruza en verde, señor Savater! ¡Qué falta de civismo!”. Tenía mucha razón: para que luego digan que en el País Vasco no se defienden públicamente las leyes...